

“Solo quiero darle voz a mi hijo, que me lo han asesinado. Cumpliendo con su deber y con su trabajo le quitan la vida, no hay derecho que a una madre le hagan esto, no hay derecho que, por falta de medios, haya pasado esto. A mi hijo lo montaron en un flotador prácticamente, prácticamente era un flotador contra una narcolancha, que le pasó hasta tres veces por el lado hasta que le pasó por encima y me lo quitó. Solo pido justicia, justicia para él y para el otro chico, David. Él y mi hijo ya no pueden hablar, pero yo, su madre, la madre de Miguel Ángel, el mejor hijo, el mejor padre, increíble, no me lo puedo creer. Yo no puedo, estoy rota, destrozada, y ya mi vida ha pasado de un antes a un después. Me moriré con esta pena, que me han quitado a mi niño, a mi niño del alma, que me lo han robado haciendo su trabajo, que era lo que más le gustaba. Quien sea madre se puede imaginar el dolor y la pena tan grande que llevo dentro y que me va a acompañar el resto de mis días. Sé que algún día notaré tu presencia porque sé que no me vas a abandonar. El último mensaje que me mandó fue: ‘No sabes cuánto te quiero, mamá’ ”.

Estas son las palabras de **Francisca María Gómez**, la madre de **Miguel Ángel González** (39 años), el guardia civil agente del GEAS (Grupo Especial de Actividades Subacuáticas) nacido en San Fernando y asesinado en Barbate junto a su compañero **David Pérez Carracedo** (43 años), agente del GAR (Grupo de Acción Rápida) nacido en Barcelona. No puede haber un editorial de prensa que refleje mejor la desolación que sufren las familias y amigos de los servidores públicos que han muerto dando sus vidas por defender las de otros, en unas condiciones totalmente injustas.

“Aquí en La Línea no hay trabajo y cada uno se busca la vida como puede”, argumentaban los familiares de los detenidos por el asesinato de los dos guardias civiles, clamando por la inocencia de sus allegados. Claro que la vida en determinadas localidades del sur peninsular, y en concreto en la provincia de Cádiz, no es fácil debido a los altos niveles de desempleo, pero son infinitamente más los ciudadanos que se ganan la vida honradamente, frente a los que recurren al dinero fácil de una vida delictiva. La realidad es que unos se buscan la vida decentemente y otros siendo criminales. Porque no duden que es mucho más duro prepararse unas oposiciones, entregar su vida a la defensa del prójimo y a salvaguardar el orden y la ley, incluso arriesgando sus propias vidas en esa lucha diaria, que dedicarse al narcotráfico donde el dinero llega fácilmente y en cantidades que cualquier trabajador o funcionario honrado no verá nunca en su nómina.

En las aguas del puerto de Barbate, esa noche fatídica del pasado 9 de febrero, había dos tipos de personas. Unos eran criminales y otros eran seis funcionarios honrados (dos asesinados y uno gravemente herido) que acataron la orden de enfrentarse con una notable inferioridad de medios a esos narcotraficantes que eran jaleados por tipos tan despreciables como ellos, que además grababan el asesinato desde el espigón entre risas y vítores. Se sienten impunes y encima graban unos hechos que estremecerían a cualquier ser humano con un mínimo de empatía por el prójimo, pero con los que ellos disfrutaban. Esos que jaleaban la dantesca escena son tan

sociópatas como los que estaban en esa narcolancha convertida en un arma. Es descorazonador ver como existen “personas” que son capaces de celebrar y reír el asesinato ante sus ojos de unos hombres que han dedicado su vida a salvaguardar las vidas de todos nosotros, incluso la de los criminales a los que se enfrentan día tras día.

Un día antes, el ministro de interior **Fernando Grande-Marlaska** había dicho en Algeciras que el Campo de Gibraltar era un “entorno seguro”. Es totalmente comprensible que la viuda de David se negase a que Marlaska fuese el que impusiese la Medalla de Oro en el féretro de su marido asesinado e insistiese en que lo hiciese alguien digno de ello, el teniente coronel **Ferrera**, jefe del GAR.

Por desgracia, Miguel Ángel y David son el suma y sigue en una lista que debería avergonzar a los que teóricamente (desde las instituciones, los ministerios y gobiernos que dirigen) tendrían que velar por las vidas de esos hombres. A finales del pasado año, el 21 de diciembre dos militares fallecían ahogados en Cerro Muriano (Córdoba), sede de la Brigada Guzmán el Bueno X, durante unas prácticas o ejercicio de paso por una balsa de agua que no contaba con las mínimas medidas de seguridad. Eran **Carlos León Rico** (24 años) del Viso del Alcor (Sevilla) y **Miguel Ángel Jiménez Andújar** (34 años) de Córdoba. En este mismo año de 2023 se cumplieron 20 años del asesinato de ocho agentes del CNI en Iraq (uno en octubre y siete en noviembre) y del accidente del Yakovlev 42 (en mayo) donde fallecieron 61 militares y un guardia civil. Estos son una vergonzosa muestra de los muchos casos que empañan la historia.

Ninguna de las personas que menciono en estos párrafos debería haber muerto, porque no deberían haber estado en esos lugares. Y en el caso de que debieran haber estado, tendrían que haber contado con los medios adecuados para enfrentarse a las situaciones tan extremas a las que tuvieron que hacer frente. Alguien se dio la orden de que arriesgasen sus vidas sin preocuparse de que tuvieran el respaldo o la seguridad que debían proporcionarles unos medios materiales equiparables al peligro al que se exponían. Esos responsables no se habrían montado en la Zodiac de la Guardia Civil en Barbate, no se habrían metido en esa balsa de agua de Cerro Muriano, no atravesarían la “ruta Jackson” en Iraq en dos vehículos sin ningún blindaje y con solo armas cortas para su autoprotección, ni tampoco se habrían montado en ese “ataúd” volante que resulto ser el Yak 42.

Si los responsables de que arriesgasen sus vidas, poniéndolos en esas situaciones tan peligrosas, no eran conscientes de lo inadecuado de los medios materiales que tenían sus subordinados, es que estamos ante unos incompetentes y negligentes. Si por el contrario, eran conocedores de que enviaban a esos hombres a unas misiones en las que estaban “vendidos” por no tener las herramientas necesarias, son responsables de lo sucedido además de unos cobardes, por poner a personas en una situación extremadamente peligrosa a la que estoy seguro que serían incapaces de enfrentarse ellos mismos.

Es una triste constante en la historia: tipos impresentables envían a morir a hombres bajo sus órdenes, mientras ellos escurren las responsabilidades por no proporcionar un mínimo de recursos para que la lucha no sea desigual. **MLL**